



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO

MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA DE LA *DOMUS SANCTAE MARTHAE*

Cuánto y cómo

Lunes 19 de octubre de 2015

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 43, viernes 23 de octubre de 2015

«La codicia es una idolatría» que se debe combatir con la capacidad de compartir, de donar y de donarse a los demás. El tema espinoso de la relación del hombre con la riqueza ocupó el centro de la meditación del Papa Francisco durante la misa que celebró en Santa Marta el lunes 19 de octubre por la mañana.

Partiendo del pasaje evangélico de san Lucas (12, 13-21) que habla del hombre rico preocupado por acumular las ganancias de sus cosechas, el Pontífice destacó cómo «Jesús insiste contra el apego a las riquezas» y «no contra las riquezas en sí mismas»: Dios, en efecto, «es rico» —Él mismo «se presenta como rico en misericordia, rico de muchos dones»—, pero «lo que Jesús condena es precisamente el apego a las riquezas». Por lo demás, lo «dice claramente», es «muy difícil» que un rico, es decir un hombre apegado a las riquezas, entre en el reino de los cielos.

Un concepto, continuó el Papa, que se recuerda de un modo aún más fuerte: «No podéis servir a dos señores». En este caso Jesús, destacó el Papa Francisco, no pone en contraposición a Dios y al diablo, sino a Dios y las riquezas, porque «lo opuesto de servir a Dios es servir a las riquezas, trabajar para las riquezas, para tener más, para estar seguros». ¿Qué sucede en este caso? Que

las riquezas «se convierten en una seguridad» y la religión en una especie de «agencia de seguros: “Yo me aseguro con Dios aquí y me aseguro con las riquezas allí”». Pero Jesús es claro: «Esto no puede ser».

Al respecto el Pontífice se refirió también al pasaje evangélico «del joven bueno que conmovió a Jesús», el joven rico que se marchó «triste» porque no quería dejarlo todo para darlo a los pobres. «El apego a las riquezas es una idolatría», comentó el Papa. Estamos, en efecto, ante «dos dioses: Dios, el Dios vivo, el Dios viviente, y este dios de oro, en quien pongo mi seguridad. Y esto no es posible».

También el pasaje evangélico propuesto por la liturgia «lleva a esto: dos hermanos que pelean por la herencia». Una circunstancia que experimentamos también hoy: pensemos, dijo el Papa Francisco, en «cuántas familias conocemos que han peleado, que no se saludan y se odian por una herencia». Sucede que «lo más importante no es el amor de la familia, el amor de los hijos, de los hermanos, de los padres, no: es el dinero. Y esto destruye». Todos, dijo con seguridad el Papa, «conocemos al menos a una familia dividida de este modo».

Pero la codicia está también en la raíz de las guerras: «sí, hay un ideal, pero detrás está el dinero: el dinero de los traficantes de armas, el dinero de los que sacan provecho de la guerra». Y Jesús es claro: «Guardaos de toda clase de codicia: es peligroso». La codicia, en efecto, «nos da esta seguridad que no es verdadera y hace, sí, que reces —tú puedes rezar, ir a la iglesia— pero también que tengas el corazón apegado, y al final se acaba mal».

Volviendo al ejemplo evangélico, el Pontífice trazó el perfil del hombre del que se habla: «Se ve que era bueno, era un buen empresario. Su campo había dado una cosecha abundante, estaba siempre lleno de riquezas». Pero en lugar de pensar en compartirlas con sus empleados y sus familias, pensaba en el modo de acumularlas. Y buscaba acumular «cada vez más». Así «la sed de apego a las riquezas no acaba nunca. Si tienes el corazón apegado a la riqueza —cuando tienes muchos bienes—, cada vez quieres más. Y este es el dios de la persona que está apegada a las riquezas».

Por ello, explicó el Papa Francisco, Jesús invita a estar atentos y mantenerse alejados de todo tipo de codicia. Y, no por casualidad, cuando «nos explica el camino de la salvación, las bienaventuranzas, la primera es la pobreza de espíritu, es decir “no os apeguéis a las riquezas”: bienaventurados los pobres de espíritu», los que «no están apegados» a los bienes. «Tal vez tienen riquezas —dijo el Papa— pero para el servicio de los demás, para compartir, para ayudar a mucha gente a seguir adelante».

Alguno, añadió, podría preguntar: «Pero, padre, ¿cómo se hace? ¿Cuál es la señal de que yo no cometo este pecado de idolatría, de estar apegado o apegada a las riquezas?». La respuesta es sencilla, y se encuentra también en el Evangelio: «desde los primeros días de la Iglesia» existe

«un signo: dad limosna». Pero no es suficiente. En efecto, si yo doy algo a los que pasan necesidad «es un buen signo», pero también debo preguntarme: «¿Cuánto doy? ¿Doy lo que me sobra?». En ese caso «no es un buen signo». Es decir, tengo que darme cuenta si al donar me privo de algo «que tal vez es necesario para mí». En esa circunstancia mi gesto «significa que es más grande el amor a Dios que el apego a las riquezas».

Así, pues, sintetizó el Papa Francisco, la «primera pregunta: “¿Doy?”»; la segunda: «¿Cuánto doy?»; la tercera: «¿Cómo doy?», ¿procedo como Jesús donando «con la caricia del amor o como quien paga un impuesto?». Y entrando aún más en detalles preguntó: «Cuando ayudas a una persona, ¿la miras a los ojos? ¿le tocas la mano?». No hay que olvidar, dijo el Pontífice, que a quien tenemos delante «es la carne de Cristo, es tu hermano, tu hermana. Y tú en ese momento eres como el Padre que no deja faltar el alimento a los pájaros del cielo».

Por ello, concluyó, «pidamos al Señor la gracia de estar libres de esta idolatría, del apego a las riquezas»; pidámosle «la gracia de mirarlo a Él, rico en amor y rico en generosidad, en misericordia»; y también la gracia «de ayudar a los demás con la práctica de la limosna, pero como lo hace Él». Alguien podría decir: «Pero, padre, Él no se privó de nada...». En realidad, fue su respuesta, «Jesucristo, al ser igual a Dios, se privó de esto, se abajó, se anonadó».